

**«Annus horribilis»**

**Enero:** En Bolivia, una mujer de 35 años murió aplastada en una avalancha en el estadio La Paz. En Italia, Ermanno Licursi, presidente del Sanmartinese, es asesinado a golpes tras una pelea entre seguidores del Luzzi y de su club.  
**Febrero:** Muere el policía italiano Filippo Raciti, que intentaba controlar a los ultras del Catania y del Palermo. En Argentina, hubo heridos por disparos en el partido River Plate-Lanús. El botellazo sufrido por Juande Ramos (entonces técnico del Sevilla) el día 28, en el campo del Betis, fue televisado a todo el mundo.  
**Julio:** Un hombre de 23 años fue agredido por hinchas de Liverpool en un tren. Siguen detenidos nueve agresores.  
**Agosto:** El «Toro» Acuña fue herido de bala cuando viajaba en el bus del Olimpia de Paraguay.  
**Septiembre:** El niño Carlos Cedeño, de once años, murió en Ecuador. Una bengala se le clavó en el pecho, en un partido entre el Barcelona y el Emelec. En Chile, jugadores del Temuco (Segunda división) dieron una paliza a un aficionado que les insultaba.  
**Octubre:** Cuatro autobuses con seguidores del Olimpia fueron tiroteados cuando acudían al estadio del Itaguá.  
**Noviembre:** En Guatemala, un directivo del Xelajú fue asesinado en su estadio. En Italia, el aficionado Gabriele Sandri, del Lazio, muere por un disparo del policía Luigi Spaccaretella.



Banderas del Lazio sobre el féretro de Gabriele Sandri, que falleció de un disparo hace ocho días

que contrasta con los dirigentes italianos, que se rindieron ante la primera llamada anónima.

España ha triunfado en su objetivo por haber ejecutado cuatro claves concretas. Primero, la coordinación constante entre la Policía y los clubes. Segundo, la aplicación de sistemas de vigilancia perenne de los grupos peligrosos. Tercero, la enorme inversión tecnológica para conseguir este control tanto en los estadios como en sus alrededores. Y cuarto, la implicación total de los dirigentes de los dos clubes más grandes, que hicieron de correa de transmisión con los demás equipos en su relación con los grupúsculos más agresivos.

Florentino Pérez ganó la presidencia del Real Madrid en julio del año 2000 y nada más presentar a Figo comenzó su política de acabar con los «Ultra Sur». Joan Laporta siguió la misma pauta en el Barcelona. Aniquiló existencialmente a los «Boixos», a pesar de que su casa se viera pintada con dianas de amenaza.

Esta valentía ha sido determinante para nuestro deporte. El último fallecimiento relacionado con el balón se produjo el

9 de octubre de 2003. Manuel Ríos, seguidor del Deportivo, murió a trescientos metros del campo del Compostela por una patada en el hígado propinada por un seguidor de su propio equipo, que intentó defender a un simpatizante del «Com-

pos». Era la duodécima víctima del fútbol español.

**Iberoamérica**  
Un problema ligado a la pobreza

Mucho peor es la situación en Iberoamérica, donde los muer-

tos, los disparos, las agresiones y los secuestros se suceden cada semana desde Honduras a Argentina, pasando por Colombia, Brasil, Ecuador, Honduras y Bolivia. La lista sería interminable. El caldo de cultivo americano de esa plaga es

**Jaume Cruz Feliu**

Catedrático de Psicología del Deporte de la Universidad Autónoma de Barcelona

**NO DARLES PROTAGONISMO**

El fútbol, como cualquier otro acontecimiento, se da en un determinado contexto sociopolítico. Y los equipos tienen su rivalidad y su historia. En Italia, los seguidores de la Lazio y la Roma, con todas sus diferencias, están más en la ultraderecha, y los del Atalanta en la izquierda. El fútbol puede acentuar viejas rivalidades o

hacerlas más patentes. Y esto puede ser un problema cuando se desplazan muchos aficionados. Además, hay personas más propensas a cometer actos violentos, porque tienen necesidad de buscar emociones.

En Inglaterra se ha llamado adicción al «hooliganismo». Estos aficionados mostrarían dos identidades, una aburrida durante la semana y otra excitante durante el fin de semana cuando salen del anonimato y piensan que hacen algo grande al enfrentarse con los hinchas rivales o la Policía. En Inglaterra vieron que era importante no darles más protagonismo que el necesario, porque algunos tenían su habitación empapelada con recortes de periódico de los incidentes que habían protagonizado. Y el endurecimiento de las medidas policia-

les aumentaba su nivel de activación, porque desafiar a la Policía les parecía interesante.

Un tema importante son las estrategias para controlar esta violencia. La primera: con los grupos ultras, tolerancia cero. También disponer de estadios cómodos que permitan separar las aficiones y controlar las entradas para que no haya reventa que las mezcle. La tragedia de Heysel en el 85 se debió en parte a que los aficionados italianos que compraron entradas en la reventa quedaron en medio de la hinchada del Liverpool. También es fundamental cuidar las declaraciones de directivos, jugadores y técnicos, que pueden suavizar o explotar una vieja rivalidad. Porque el fútbol, a pesar de sus rivalidades, no es algo en lo que nos jugamos la vida.

muy diferente al europeo y de difícil solución, porque está ligado a la pobreza. Argentina es el país más violento en la historia de este deporte, pero sus vecinos se codean en esta clasificación. La última moda, los secuestros, comenzaron en Colombia, Argentina y Uruguay y se han extendido a Honduras, Bolivia y Ecuador.

**Italia**  
Cobardía e interés económico

«Los muertos forman parte del sistema, el «calcio» no se puede suspender». Esta declaración define el estado de gravedad moral que vive el fútbol italiano, tristemente líder europeo de esta crisis de valores. La realizó Antonio Matarrese, presidente de la Liga Profesional del «calcio», el 2 de febrero, horas después del asesinato del policía Filippo Raciti, quien intentaba apaciguar a los bárbaros del Catania y del Palermo en el clásico siciliano.

Desvelaba la huida hacia adelante que políticos y dirigentes del fútbol han protagonizado en ese país durante décadas. Una falta de autoridad que se apoyó en ocho años —desde 1995 a 2003— en los que no hubo muertos en la Primera división. Los sucesos en las categorías inferiores se consideraron explosiones marginales.

Ocho temporadas en las que se alimentó a los ultras con la concesión de localidades que los radicales vendían para vivir. Ocho campañas en las que crecieron los gestos nazis en los estadios, mientras jugadores como Paolo di Canio emulaban a los ultras, brazo en alto, para ganarse su apoyo.

Ocho ligas en las que los «tifosi» de muchos equipos exhibieron su xenofobia. Fue habitual el racismo contra muchos futbolistas extranjeros, los insultos a jugadores del propio club, sin que los directivos abrieran la boca. Simplemente, pedían resignación a los afectados. No podían hacer nada, justificaban los cobardes del palco.

El monstruo fue creciendo y los dirigentes le dieron de comer. Vincenzo Spagnolo, el seguidor del Génova asesinado en 1995 por seguidores del Milán, fue interpretado como un caso aislado. La ausencia de fallecimientos a lo largo de ocho cursos engordó un ambiente en el que los grupos organizados eran los reyes de la grada.

En 2003 se produjo la primera advertencia de esta realidad insostenible. Sergio Ercolano, un tifoso de 19 años, era asesinado en el partido Avellino-Nápoles. Era el decimotercer fallecido en la historia futbolística del país. Pero el «calcio» centrifugó el suceso dentro de sus fronteras y siguió sin adoptar medidas. Hasta que el 13 de abril de 2005 se produjo el primer aviso de una enfermedad nacional que todo el planeta obser-

Viene de la página anterior

medidas. Hasta que el 13 de abril de 2005 se produjo el primer aviso de una enfermedad nacional que todo el planeta observó. Aquel día, un gol anulado a Cambiasso provocó la suspensión del partido Inter-Milán en la Liga de Campeones. El lanzamiento de objetos colocó a Italia como «la vergüenza de Europa». Se volvió a hablar mucho. Y se hizo poco.

Ahora, dos años más tarde, tres fallecimientos en el plazo de diez meses han puesto al Gobierno, por fin, en alerta y a los clubes en posición de quitarse la careta. El primer suceso trágico se produjo el 26 de enero, en un partido del campeonato «amateur». Ermanno Licursi, dirigente del Sammartinese, recibió una paliza de los aficionados del Luzzi.

Una semana después, el 2 de febrero, se iba a guardar un minuto de silencio por esta calamidad. Se reservaron dos minutos, pero para dos semanas más tarde, pues el policía Filippo Raciti moría a consecuencia de los golpes recibidos por intentar frenar a los ultras del Catania y del Palermo.

Comenzó entonces una aplicación de medidas políticas y policiales que han surtido cierto efecto, pero el cáncer persiste, pues los forofos continúan recibiendo localidades de los clubes, dadas las amenazas sufridas por los directivos. «Hay que ser menos hipócritas», manifiesta Donadoni.

Se aprobó la creación de un Observatorio, formado por policías y responsables de seguridad, según informa Alberto Cerruti desde Milán. El Observatorio tomó decisiones como las de prohibir que los forofos del Nápoles pudieran ver a su equipo en las canchas del Inter y del Roma, o que los del Milán acudieran a Génova. Pero cuando intentó imponer la disciplina inglesa, se topó con los intereses económicos.

El fallecimiento de Gabriele Sandri ha vuelto a calentar



Juande Ramos sufrió un botellazo, en la cancha del Betis, que le dejó inconsciente

FELIPE GUZMÁN

### Iberoamérica sufre esta plaga bajo el prisma de la pobreza y los secuestros se extienden de norte a sur

el horno de la aplicación de medidas estrictas y el Observatorio ha chocado con un muro. Quiso copiar a la «Premier» y colocar partidos como el Inter-Juventus en horario diurno, con el fin de evitar el litigio del alcohol. Pero ha chocado con el negocio. Con la negativa de los

clubes y de las televisiones, que exigen ofrecer los mejores encuentros en «prime time».

Tras la muerte de Sandri, se detuvo a muchos violentos que se tomaron la justicia por su mano. Sin embargo, muchos fueron soltados al cabo de dos días. Faltan leyes efectivas. Los directivos, por su parte, no se atreven a negar localidades a sus forofos, porque el campo se queda vacío. Negocio.

Iván Ruggeri, presidente del Atalanta, regala ahora entradas para los niños. Coge la palabra de Cannavaro, quien manifestó desde Madrid que «tengo la suerte de jugar en el extranjero, en un club que tie-

ne una grada perfecta, llena de niños y sin violencia».

Los italianos que juegan en España observan con tristeza lo que sucede en su tierra. Moratti, defensa del Valencia, subrayaba que «la solución no está en los equipos, sino en el Gobierno, que tendría que buscar una forma de solucionar esto», según informa Raúl Cosín. «Tanto los clubes como las autoridades deben poner fin a esta barbaridad», señala Storari, portero del Levante. Kaká ha puesto el dedo en la herida: «Si esto sigue así, podría considerarse dejar de jugar en Italia». La pérdida de prestigio del «calcio» es mortal.

### Félix Guillén García

Presidente de la Federación Española de Psicología del Deporte

## FÁCILMENTE MANIPULABLES

Lo de Italia no es algo aislado. La temporada pasada hubo conflictos graves en Argentina o Brasil. Los países más propensos son aquellos en los que el fútbol tiene más peso y mueve mucho dinero, como Italia, Inglaterra, Grecia, España o incluso Alemania. No se da en los países nórdicos, por ejemplo y tampoco en el deporte en general. Sólo en el fútbol —con alguna excepción muy aislada en el baloncesto— porque es un deporte de masas, que mueve muchas personas con niveles socioculturales bajos, fácilmente manipulables, algo que aprovechan los grupos de ideología extremista para crear enfrentamientos.

Esta violencia lamentablemente ha estado permitida desde hace muchos años, explícita e implícitamente, por dirigentes deportivos, presidentes y directivos de clubes o algunos jugadores. En muchos casos los clubes no impiden que estos aficionados radicales entren a los estadios. Desde los medios de comunicación tampoco se han puesto los medios para erradicarla. Comentarios de prensa, radio o televisión, donde se califica a un árbitro de delincuente o se le acusa de favorecer a un determinado equipo, pueden propiciar actos violentos.

En Italia aunque intervenga un «carabiniere» que dispara, ha habido un enfrentamiento entre ultras de diferentes equipos. Hace un año hubo también otro incidente lamentable y no se hizo nada, porque siguen primando los intereses económicos. Se ha hablado de suspender la Liga durante varios partidos, pero no se va a hacer.

En España también hay enfrentamientos entre aficionados y no es raro el partido en el que no hay algún incidente con un árbitro o apedrean las lunas de los autocares de los equipos rivales.

Habría que hacer políticas educativas para erradicar la violencia. Trabajar con las categorías base —los niños— y con los padres de estos niños, que son luego los aficionados que van al fútbol. También en el colegio, en clases de educación física. Pero instituciones como la UEFA o la Federación Española de Fútbol apenas intervienen en esto.

## Argentina, con 144 muertos desde 1930, tiene a las «barras bravas» como mafias incontrolables

T. G.-M.

MADRID. Son como la mafia italiana, indestructibles, pues están introducidos, cuán si fueran carcoma, en el tronco de la sociedad. Las «barras bravas» han elevado a su país al liderazgo mundial de esta lacra. Argentina, con 144 fallecidos desde el año 1930, es la nación más violenta en la historia del fútbol. Otro estudio atribuye 230 muertos a los «barras» desde que el balompié argentino se hi-

zo profesional, hace 77 años, pues también han ejecutado tragedias lejos de los campos.

Hay ultras de otros países que acuden a Argentina para aprender sus tácticas. Estos grupos son en realidad guerrillas que trascienden al deporte y exigen su cuota económica y de poder en clubes como River y Boca, porque viven del balón. Cada vez que estos equipos traspasan un jugador, los «barras» piden su porcentaje. Eso,

si no amenazan a los dirigentes para impedir la operación.

Jueces como Víctor Perrota han luchado sin descanso contra los «barras». Se encontró con un problema ajeno al fútbol: los radicales son inadaptados sociales, el germen de la pobreza y la desestructura social, y han encontrado en el deporte rey su identidad, su manera de obtener un falso respeto. Se les escucha porque inspiran miedo y hay que contra-

rrestar sus intenciones. El resultado es que Argentina vive altercados cada semana y los cierres de estadios no evitan las acusaciones contra directivos que les amparan.

Para combatir esta situación, ex jueces, hinchas y ex árbitros han creado la organización Salvemos el Fútbol, que se presenta como acusación en los procesos judiciales por violencia y corrupción de los dirigentes.